



Editorial

V

Operación Invierno

Los municipios de Aconcagua han iniciado la tradicional Operación Invierno, tratando de prevenir todas las instancias que pudieran traer un trastorno en la vida cotidiana de la comunidad como consecuencia de los impactos naturales.

Las gentes de los campos y las serranías, especialmente, tienen sus cábadas, sus razonamientos analógicos y por ahí y por acá se dice que el invierno viene lluvioso y frío y otros dicen lo contrario y que será seco y frío.

Frente a estas contingencias los Departamentos de Emergencia de las gobernaciones y los gobiernos comunales se apresan a resolver un frente organizado que permita en un momento dado enfrentar posibles

averías. Se trata de juntar ropa de cama, vestuario, alimentos no perechiles, medicamentos, materiales fundamentales de construcción como planchas de zinc, pizarreño, pales, clavos, maderas, cemento y otros.

La verdad es que la naturaleza no avisa y, por tanto, el vendaval, el aluvión, las salidas de madre de ríos, esteros y canales, los terremotos, la implacable sequía puede ser una cruda realidad que trastorne la vida de las comunidades. Y es cierto de que en estos embales siempre son los más pobres los que reciben la peor parte.

Por de pronto los gobiernos comunales están en faena de podas, eliminando árboles caducados que son un peligro público, desatando alcantarillas y sifones, cerrando acequias, retirando grifos, redes de agua potable y tendido eléctrico.

Carroll Díaz
Carlos Ruiz Zaldívar,
periodista



Nicomedes

Lo vi llegar a mi casa agado, sudoroso, con su cara pibarrada. Venía arrancando del Hospital Traueros de Santiago. Golpé anhelante a mi puerta y cuando le abrí se me echó a los brazos a sollozar infinitamente. Las cadenas que llevaba Nicomedes eran la pedregosa de la vida, de aquella existencia madrastra que arrastró desde niño, allí en los fondos de los condominios suburbanos de Santiago. Le dolía la vida más que la suya y la de sus seres queridos que le hacían verdinas al hambre, a las heridas abiertas, a las cicatrices ajenas de que da cuenta Enrique Santos Diégolo. No toleraba el aplastamiento de su pueblo, la prepotencia de la fuerza sobre las personas indefensas.

Tornaba a sorbitos la leche tibia que mi esposa le prodigaba y hablaba a sollozitos sobre sus 'hombrecitos oscuros'. Su padre

había sido heladero y su madre lavandera. Aprendió a leer en diarios pasados a pescados y porcinos descompuestos. Se hizo gran escritor social mirando el movimiento en los otros aldeanos a las vicinias paupérrimas de los trancaurios, esa clase sufriente que llegó a tener un gran sindicato en la capital y que no ganó ninguna batalla porque siempre el estruendo de su ferretería amarilla silenció las voces de la protesta.

Nicomedes no fue comunista como muchos creen. Era anarquista en su frente y en su perfil. Le dolía todo, le dolía la vida, las hembras embarazadas que no tenían un comestivo en donde dar a luz, los sacos que soñaban el lingue de una gran pacífica. Espantaba las moscas a muestros y jamás ganó una sola batalla. Sintió los olores nauseabundos de heridas purulentas en hombres abandonados. Gritó en los hospitales las injusticias

más grandes y se lo llevaron preso. En las 'bueigas' transcurrió escueta a la vanguardia portando los lienzos que pedían un poco más de pan. La oligarquía nunca escuchó al pueblo. Si estuviera vivo -hace 21 años que se murió- mirado de vino y de impetrada licoraría su rama de rescatido social.

Este hombre, formado en la escuela de la ley del más fuerte, fue capaz en las leñas contemporáneas chilenas de escribir las páginas más macabras de nuestra literatura contemporánea: su novela "La Sangre y la Esperanza" rebasó macabras fronteras y fue traducida a todos los idiomas. "Los hombres Oscuros", "El Pan bajo la botá", "La luz viene del Mar", remecieron la templanza de las letras chilenas aforoscadas. Y hay algo en la literatura de Nicomedes: tras todo este trasunto de enloquecidos salimbambis que con sus palos destruyeron todos los

móviles deviento de su altavoz social, siempre avistó una ventana abierta para que entrara la luz, la amada luz que sacara los timos de las cocinas, que multiplicara las ocultas monedas de los botafijos rotos, en fin, que entrara por los poros y por la piel de la gente que vive, lucha y sufre, una abeja rubia fumada que colocara una pócima de miel en los labios resacas de su pueblo.

"Don Nico" cuando pocas horas antes de morir comenzó el 15 de julio de 1989. Vino a verse a mi exposición del Banco de Chile en Santiago. No pudo darle nada porque no había vendido ni una sola 'marichita'. A la mañana siguiente los diarios dijeron en un recuento de su primera página: "Murió Nicomedes Cruzado". Se había completado un capítulo que vieron hacer las moscas y que coronaban los pasanos bastardos de la vida.

50938

Don Julián Paríego Santolán fue un querido y recordado sacerdote de los Hermanos Maristas de Los Andes, afamado establecimiento educacional que formó a muchos profesionales. Se le conoció como el Hermano Emeterio Jesús. Había nacido en Burgos, España, en 1895. Educó a muchos profesionales por más de medio siglo y fue un personaje de leyenda. Falleció en Santiago el 14 de junio de 1977 a los 82 años.

¿Sabías...
¿Sabías...
¿Sabías...?



AUTORÍA

Ruíz Zaldívar, Carlos, 1925-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Nicomedes [artículo] Carlos Ruíz Zaldívar. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile